

**EL FIFÍ Y SU CHOFER: CONTROL SOCIAL, HOMOSEXUALIDAD Y CLASE
EN UN PERIÓDICO DEL MÉXICO POSREVOLUCIONARIO**

*Adriana González Mateos**
Universidad del Claustro de Sor Juana

PALABRAS CLAVE: HOMOSEXUALIDAD, GÉNERO, MASCULINIDADES, SALVADOR NOVO, CLASE

Las páginas siguientes emprenden una lectura del semanario *El Chafirete*, que empezó a aparecer en la Ciudad de México en marzo de 1923 y continuó sus entregas hasta finales de ese año, presentándose como “El semanario defensor de los intereses del chofer” y especializándose en captar la atención de este gremio, especialmente de los conductores de los autobuses que constituían el transporte público. Desde el primer número, el periódico define su posición política, que consiste en disuadir a los choferes de la idea de organizarse sindicalmente. Estas páginas analizan las tácticas por medio de las cuales *El Chafirete* ofrece a sus lectores un ideal opuesto: una masculinidad definida por su individualismo, autonomía y libertad sexual, valores que la alejan de los ideales de solidaridad gremial más afines al sindicalismo. En cambio, la libertad sexual del chofer se propone como un atractivo que, como se verá, sirve para reinterpretar la diferencia de clases en una forma conveniente para los intereses declarados por el periódico. Por último, esta lectura se propone comprender mejor la actuación de Salvador Novo en esos años, pues tal como él narra en su autobiográfico *La estatua de sal*, fue uno de los principales colaboradores de esta publicación. En *El Chafirete*, las colaboraciones aparecen sin firma, o firmadas con seudónimos. En algunos casos, es claro que el autor es Salvador Novo, como en los sonetos atribuidos a “Sor Juana Inés del Cabús” (*El Chafirete*, número 9). También se han identificado como suyas las firmadas por Radiador (Monsiváis 45), pero es

* lg212@nyu.edu

posible que haya escrito muchas otras, firmándolas con otros seudónimos o sin ellos. En todo caso, este artículo no busca establecer la autoría de ningún texto en particular, sino describir las estrategias generales del semanario.

Varias fuentes hablan de la inclinación de Salvador Novo hacia los choferes, que parece haber sido ampliamente conocida y hasta celebrada en los medios artísticos de la capital, como se desprende del retrato que le pintó Manuel Rodríguez Lozano en 1924 (figura 1). Esta obra es notable por su franca representación de la homosexualidad del sujeto:¹ el joven Salvador Novo aparece dentro de un taxi cuya ventana deja ver la ciudad nocturna; un reloj marca “cuarto para las doce” y la tenue luz disponible procede de la luna llena, de los faroles, de las luces de un automóvil y un tranvía que transitan por la calle casi vacía. Aunque las tres figuras que hay en la calle son escasamente visibles, parece claro que se trata de tres hombres. Pese a ser una escena callejera, la obra sugiere un ambiente de intimidad que emana de la figura central. Ésta representa a Novo, que no mira la calle solitaria, sino a un espectador bruscamente invitado al interior del automóvil cuyo asiento trasero ocupa. El atuendo de la figura choca con el ambiente callejero, pues va vestido sólo con una bata atada con flojedad a la cintura, que sugiere su desnudez fácilmente accesible. La figura no mira directamente al espectador, lo que sugeriría una intimidad asumida con franqueza; en cambio, su mirada oblicua, casi coqueta, refuerza el aire de intimidad. Parece invitar a compartir un secreto que el resto de la pintura revela con bastante claridad: no hay que preguntarse demasiado qué está insinuando este joven semidesnudo, pulcro y tan elegante en su escaso atuendo como las líneas alargadas que estilizan su figura. Hay una cierta contradicción en este retrato que combina tanta intimidad y un lugar público tan público, si vale la redundancia. El retrato a la vez proclama a voces y oculta, de tan obvia, la situación en que se encuentra la figura, que, evidentemente, está involucrada en el sexo callejero y debe estar acompañada, al menos, por el chofer que tripula el asiento delantero.

¹ Debe entenderse esta franqueza dentro del contexto: en esta época, la homosexualidad pertenece al mundo de lo clandestino, o “mundo soslayado”, como lo llama el propio Salvador Novo. No obstante, el poeta se movió en una zona liminar, un “secreto a voces” o “por sabido se calla”: si bien podía refugiarse en la ambigüedad (como la de este retrato), también podía manifestar su sexualidad de maneras bastante abiertas, como sostiene Carlos Monsiváis en *Lo marginal en el centro*. La franqueza total (como la ejemplifica *La estatua de sal*) estaba lejos de ser posible, como revela el hecho de que este libro haya sido publicado 50 años después de ser escrito. Para el concepto del “open secret” que aquí traduzco como “secreto a voces” (o la expresión sinónima “por sabido se calla”), véase Sedgwick, *Epistemology*.



Figura 1: Retrato de Salvador Novo, 1924. Col. INBA, Acervo: MUNAL.

También Carlos Pellicer se refiere oblicuamente a la relación de Novo con los choferes en su “Oda a Salvador Novo”, donde lo llama “querido poeta/ chofer/ una huelga de adjetivos/ paraliza el tráfico de mis versos” (49). Como el mismo Novo narra en su crónica autobiográfica *La estatua de sal*, su afinidad con los choferes era, en efecto, bien conocida, incluso profesionalmente: durante el año de 1923 había combinado sus actividades literarias, tales como la colaboración en revistas de prestigio y la elaboración de antologías poéticas,² con una empresa más ligada a los medios de comunicación masiva y a la cultura popular, pero también a la política de la ciudad. Hablo de la colaboración con *El Chafirete*, un periódico semanal dirigido a los choferes de autobús. Su primer número, fechado el jueves 15 de marzo de 1923,³ establece que “nuestro programa será la defensa directa de los intereses del chofer”, y así, por ejemplo, promete que “repeleremos las agresiones de los zopilotes del Departamento de Tráfico”. También identifica de inmediato quiénes son sus enemigos principales: el mencionado Departamento está “encabezado y dirigido (si así puede llamarse) por el más torpe de los torpes, y el más bolchevique de los bolcheviques”. Este primer editorial es aún más claro al establecer su posición política:

Estamos desligados por completo de las agrupaciones que lleven ideas disolventes y delirios huelguísticos, porque estamos convencidos de los prejuicios que reportan al trabajador, y de las pingües utilidades que le quedan a los agitadores pillos. (*El Chafirete*, número 1)

No obstante, este tono combativo deja paso casi inmediatamente a lo que será el tono dominante del periódico: “seremos muy vaciladores y le daremos vuelo a la hilacha, ya que nuestro estilo será joco-serio-vacilatríz”.

Así, la posición política del periódico, aunque siempre presente, se disimula tras un abundante flujo de bromas, la mayor parte de las cuales se encamina a

² Durante esta época, Novo colaboró en *El Mundo* (dirigida por Martín Luis Guzmán), *México moderno* (creada por Vicente Lombardo Toledano) y *Vida Mexicana* (fundada por Pedro Henríquez Ureña). Además, preparó las antologías *La poesía norteamericana moderna*, *La poesía francesa moderna*, *Antología de cuentos mexicanos e hispanoamericanos* y *Lecturas hispanoamericanas*. Para información detallada y precisa sobre las publicaciones de Novo en este periodo, véase Reyna Barrera, *Salvador Novo, navaja de la inteligencia*.

³ La versión de *El Chafirete* utilizada para elaborar este artículo procede de una copia en microfilm consultada en la biblioteca pública de la ciudad de Nueva York. Por ello, no siempre son visibles los números de página, y se ha preferido remitir al lector al número de la publicación.

definir y reforzar la masculinidad de los choferes.⁴ El lema que puede leerse bajo el logotipo del periódico, por ejemplo, apunta a la independencia casi insolente que caracteriza al chofer, pues *El Chafirete* “aparece cuando se le pega la gana, porque no tiene quién lo mande”. Así se va definiendo una profesión eminentemente masculina, cuyos rasgos se afinan número tras número: los choferes son conquistadores e irresistibles para las mujeres (“chica a quien él le tira el ojo, la convierte en su ‘Pato’”,⁵ *El Chafirete*, número 1), pero al mismo tiempo responsables de sus hijos (“tiene necesidad de comer y vestir a sus hijos, y por tanto se busca la vida en el volante” (*El Chafirete*, número 2). Uno de los rasgos más importantes de esta masculinidad es el hecho de que el chofer no obedece a nadie, y si bien trabaja duro y gana dinero, en ningún momento deja de divertirse; su trabajo lo convierte en “el rey del volante” (*El Chafirete*, número 28). No deja de ser interesante preguntarse por el contraste entre esta imagen y otros discursos que enfatizaban la explotación de los trabajadores; por ejemplo, como parodia el número 1: “no se crea por esto, que venimos a explotar y a vivir del proletariado, a guisa de prédicas bolchevistas con apariencia de sindicalismo.” El éxito comercial de *El Chafirete*⁶ sugiere que, para muchos integrantes de este gremio, era más atractivo considerarse monarcas, aunque fuera dentro de un autobús que no les pertenecía.

Los automóviles y autobuses se convierten en símbolos de masculinidad: se habla del poder del motor, de la potencia y velocidad de los vehículos (“Ay Ford, ni que fueras ómnibus” reza un encabezado del número 27), en cambio, el número 7 lamenta el hecho de que algunas mujeres manejen, a través de una caricatura que muestra a una mujer evidentemente torpe manejando un zapato de tacón, en una calle llamada “20 kilómetros a Dolores” (figura 2); esta imagen refuerza de manera

⁴ La masculinidad se define como “simultaneously a place in gender relations, the practices through which men and women engage that place in gender, and the effects of these practices in bodily experience, personality and culture [simultáneamente un lugar en las relaciones de género, las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres participan en esa ubicación de género, y los efectos de esas prácticas en la experiencia del cuerpo, la personalidad y la cultura]” (Connell 71, la traducción es mía). A lo largo de este artículo se describirán estas prácticas que construyen la masculinidad de los choferes.

⁵ “Pato” es una palabra que designa a las novias, o mujeres con las que el chofer sostiene una relación sentimental o de coqueteo.

⁶ El periódico constantemente se refiere a su éxito: el número 9, por ejemplo, se jacta de que “En cuanto apareció *El Chafirete* y se dieron cuenta del éxito que tuvo desde su primer número, todos se sintieron con ganas de imitarnos: unos anunciaron *El Heraldo Camionero*, otros *El Camionero* y así sucesivamente”.

El fifi y su chofer...



Figura 2



Figura 3

El fifí y su chofer...

implícita la masculinidad del oficio, pues, como demuestra esta dama, manejar es algo que sólo hacen bien los hombres. La capacidad seductora y sexual de los choferes es aludida por medio del vocabulario del oficio. Por ejemplo, el verbo “derrapar” adquiere una connotación sexual, como puede inferirse en el número 28: “si una ‘lea’ se acerca allí y le da por vacilar, hay chofer que se derrapa dos veces y hasta más”.

También se establece una afinidad entre el oficio de los choferes y el de las prostitutas: el número 2 avisa que una redada que afectó a las “leas” del hotel “El Comercio” también ha afectado al “comercio autmovilístico–chafiretesco–vacilatríz”; el número 10 incluye un chiste en el que dos mujeres identificadas como “chafiretas” hablan de su trabajo de la noche anterior (figura 3). El dibujo insiste en la languidez de sus posturas; una de ellas está recostada sobre un sillón, mientras la otra ladea la cadera:

Lili: ¿No trabajaste ahora?

Mina: No chica, anoche anduve de velada pero con mala suerte... pues no tuve más que dos cargas de a peso.

En otras palabras, la libertad sexual de los choferes es un atributo que, si se presenta en una mujer, se convierte en prostitución. Y los choferes desempeñan un trabajo que tiene clara afinidad con esta profesión.

Es clara la estrategia de *El Chafirete*: por un lado, en tono “joco–serio–vacilatríz”, desalienta los esfuerzos de organización gremial. Al mismo tiempo, utiliza el perfil de masculinidad idealizada del chofer para ofrecer una imagen halagadora de los integrantes del gremio, apuntalada en la superioridad del chofer frente a las mujeres. Por otra parte, como conviene a un país que inauguraba su vida institucional después de años de guerra revolucionaria, la masculinidad de los choferes también se define en términos bélicos, aunque en este caso los principales enemigos son los agentes de tránsito, a los que el periódico critica constantemente: son irresponsables, descuidan su trabajo para meterse a las pulquerías, explotan a los choferes. El número 1, por ejemplo, los llama “los dictadores del semáforo,” el número 11 se refiere a los “colmillos de vigilante,” el número 12 critica a “Los que viven del sagrado sudor de los choferes,” etcétera. El número 20 afirma que “También Pancho Villa fue chafirete”, y refuerza el perfil anárquico y agresivo de esta masculinidad a través de un artículo jocoso en el que Pancho Villa huye de un agente de tránsito llamado Obregón; la nota termina destacando el hecho de que Villa murió manejando su auto. Ya muerto el jefe de la División del Norte, su perfil rebelde y

Adriana González Mateos

sus prácticas de masculinidad servían para reforzar la de quienes ejercían un oficio crucial en la ciudad. El número 19 lleva la rivalidad entre choferes y agentes de tránsito al plano sexual, describiendo en términos encubiertos una violación anal:

En derrapada y mordida
un chafirete acabó
arrollando un vigilante
a quien con lo de adelante
la rueda le desgarró.

En suma, el chofer definido por esta publicación cultivará su individualismo, será agresivo y reacio a organizarse; todo esto lo hará sentir muy hombre.

Muy pronto se deja ver que hay otro personaje involucrado en este control de las fantasías y los deseos, cuya imagen aparece en el encabezado de la sección titulada “Dando el volteón por los sitios” (figura 4). Se trata de un hombre elegante, enjoyado (lleva un anillo en la mano), obviamente adinerado, que “da el volteón por los sitios” para tomar notas, entrevistar a los choferes y redactar la columna así llamada. En este dibujo el chofer ocupa un segundo plano, detrás de la libreta, y casi desaparece mientras la gordura del otro ocupa todo el espacio. Evidentemente, este hombre no puede presumir del dinamismo que caracteriza a los choferes. Todo en él habla de una vida de ocio en la que la rudeza y el trabajo pesado no existen y en cambio hay tiempo para pensar en las minucias de la vestimenta, como se nota desde los pies enfundados en polainas, pasando por los pantalones a rayas, hasta el fino sombrero de paja, echado hacia atrás como mandaba la moda. Los detalles de esta vestimenta se ajustan a la descripción de los *fifies* que da Salvador Novo en *La estatua de sal* (73-74) es decir, los señoritos elegantes de la capital, los *catrines* ataviados a última. Lo que llama la atención en este dibujo del chofer y el *fifi* es la ambigüedad de la relación entre las clases: no es el *fifi* el que da órdenes, sino, al contrario, el que va hasta el sitio y cede la palabra al chofer, aparentemente para prestarle un servicio, pues esta columna recoge quejas, peticiones y comentarios de los choferes. No obstante, como parece desprenderse de la línea política del periódico, este aparente ceder la palabra al chofer es una manera de conocerlo para, según los términos de la época, educarlo. Es la época del gran esfuerzo educativo vasconcelista. Pese a su tono juguetón, *El Chafirete* sigue en esto la tendencia dominante y transforma el diálogo platónico



Figura 4

y pederástico⁷ entre el maestro y el discípulo en este diálogo entre el cronista y el chofer. Tal como Carlos Pellicer se entregaba con entusiasmo a las misiones educativas, Salvador Novo hacía en este periódico su propio esfuerzo para educar a los choferes.

Por supuesto se trata, en este caso, de una forma de educación muy específica, de herencia platónica: la pederastia. *La estatua de sal* aclara que, en el caso de Novo, no existía la pretensión de renunciamento a los impulsos instintivos que caracteriza ciertas versiones de pederastia. Sus razones son explicadas muy claramente:

Un certero instinto me había asociado a los fundadores de un semanario que les procuraba contactos numerosos y fáciles entre sus especializados lectores: choferes y lambiscones. Algunos de los mejores cueros de la época me llegaron al reclamo de *El Chafirete*. (115)

Esto permite leer otros aspectos de la imagen: el anillo en la mano del fifí es uno de los signos característicos del doble lenguaje típico del “mundo soslayado”, es decir, una señal que portaban muchos homosexuales de la época para identificarse entre sí, aunque los no enterados podían considerarlo un mero adorno.⁸ Lo mismo podría decirse de los lectores del periódico: algunos estarían al tanto de este otro nivel de la relación entre el fifí y el chofer, y apreciarían la insinuación contenida en el título de la columna; sabrían de que *volteón* se trataba y acudirían al reclamo, como narra *La estatua de sal*. Otros no captarían la insinuación,

⁷ Dentro de la tradición platónica, la relación entre el educador y su discípulo se ajusta al ideal de la pederastia, expuesto en *El banquete*: el educador es un hombre maduro que se siente atraído por un muchacho, cuya belleza física despierta en él el deseo de formar esta personalidad naciente, inspirando en ella el amor a la sabiduría, proceso entendido como una procreación espiritual. El vehículo privilegiado de esta educación es el diálogo. Esta tradición fue adoptada en la universidad de Oxford, en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el helenismo era una corriente dominante en círculos intelectuales europeos, tal como analiza Linda Dowling en *Hellenism and Homosexuality in Victorian Oxford*, y puede seguirse también en América Latina. El Ateneo de la Juventud no sólo se distinguió por su helenismo, sino por su fervorosa lectura de *El banquete*, tal como ha mostrado Enrique Krauze en *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*. Más tarde, el proyecto educativo vasconcelista reproduce esta relación entre el educador y el discípulo, que también es la relación entre los intelectuales y la población a la que van a educar.

⁸ Para el uso de anillos y su significado dentro de la obra de Salvador Novo, véase Adriana González Mateos, “Las excepciones”.

otros más preferirían la seguridad que les ofrecían las abundantes referencias al sexo heterosexual que caracterizan al periódico.

La imagen también muestra otro rasgo interesante: el *fifi* muestra su afeminamiento⁹ con los múltiples detalles mencionados.¹⁰ En cambio, el chofer se ajusta a la descripción de la masculinidad establecida en las páginas anteriores. Evidentemente no cuida de su atuendo. La expresión de su cara es, efectivamente, jocosa y vaciladora. Detrás de él se ven varios automóviles, principales atributos de su oficio, como para recordar que se trata de alguien que trabaja. Esto establece una importante diferencia con el *fifi*: el chofer desempeña un trabajo físico, rudo, arriesgado, claramente masculino. Esto caracteriza la relación erótica que puede entablarse entre ambos: si llega a darse, el chofer afirmará su masculinidad, que no sufre menoscabo al ejercerse con un afeminado. Y si lo traducimos en términos de clase, el trabajador es el participante activo y masculino que se impone al afeminado de clase alta.¹¹ Desde luego, para el *fifi* de clase alta, su elegancia y refinamiento son signos de un privilegio social que resalta, precisamente, en contraste con la rudeza del chofer. Es interesante anotar que algunos choferes son descritos como muy cuidadosos de su vestimenta, y en esos casos también reciben el calificativo de *fifies*. Tanto para ellos como para el *fifi* de clase alta, la elegancia o extravagancia en el vestir son lujos masculinos. Pero, como se verá, *El Chafirete* prefirió insistir en la caracterización del chofer como un hombre rudo.

En otras palabras, la insinuación homoerótica redondea la estrategia del periódico: por un lado el chofer es educado para que se aleje de los bolcheviques. Por otro, su masculinidad le asegura el dominio, no sólo de las mujeres, sino de quienes normalmente son sus patrones. Que la estrategia tuvo buenos resultados puede deducirse de los tirajes del periódico: ya el número dos se jacta de su éxito

⁹ Aunque en contextos modernos, y en México desde el inicio del siglo XX, la homosexualidad y el afeminamiento tienden a confundirse, como ha mostrado Robert Irwin en *Mexican Masculinities*, se trata de dos categorías independientes entre sí. El afeminamiento era originalmente un menoscabo de la masculinidad, una debilidad o incapacidad de ejecutar debidamente las prácticas características de la masculinidad, lo que acercaba al afeminado a las mujeres, aunque, por lo mismo, podía ser un hombre que gustaba excesivamente de ellas. La homosexualidad, en cambio, es una categoría médica que designa una supuesta patología caracterizada por la elección de objetos sexuales que pertenecen al mismo sexo que el afectado y define su identidad.

¹⁰ Para un estudio de los hábitos de consumo de los *catrines*, y de cómo podían hacer que fueran percibidos como afeminados, véase Macías González, "The Lagartijo".

¹¹ Esta relación ya tenía antecedentes en las publicaciones jocosas de la época porfirista, como muestra Robert Buffington en "Homophobia".

El fifí y su chofer...

comercial “El primer tiro de *El Chafirete* fue de seis mil números, y hubimos de hacer otro de dos mil” (22 de marzo de 1923). Más tarde, el periódico no sólo reconoció la importancia de su insinuación homoerótica, sino que insistió en ella con buen éxito: un encabezado del número 30, por ejemplo, advierte: “No se fije tanto en el chofer porque a la noche lo sueña.” Y ya desde el número 6 se lanzó un curioso concurso de belleza, destinado a elegir al chafirete más feo (figura 5). Los votantes debían ser otros choferes, y durante meses el periódico publicó retratos dibujados de los candidatos, comparó sus características físicas y acabó eligiendo a un triunfador que recibió 849 votos (figura 6). Todos los candidatos retratados y el ganador correspondían al ideal de masculinidad ruda auspiciado por el periódico: pueden observarse los rasgos africanos, el peinado que los hace resaltar y en cambio se aleja de los dictados de la moda y de los conceptos vigentes, el tatuaje en el cuello, la expresión jocosa y vaciladora del chofer. Eran “cueros” (para usar la palabra de Novo) cuyo ideal físico parecía calculado para resaltar su contraste con el cuerpo enjoyado, frágil y elegante del fifí. Es precisamente esta rudeza masculina lo que los hacía irresistibles, como subraya Novo al narrar su primer encuentro sexual con un chofer:

La almohada, su cuerpo, su rostro áspero, sus manos duras, efundían un olor de gasolina que a partir de aquel acto, iba a condicionar durante mucho tiempo un placer que en aquel momento gustaba verdaderamente por la primera vez. (*La estatua de sal* 84-85)

Puede verse cómo la insinuación homoerótica del periódico completa su estrategia política. La relación entre el hombre de clase alta y el hombre de clase baja no es descrita en términos de explotación, reivindicaciones laborales o lucha de clases, sino en términos de construcción de la masculinidad y atractivo sexual. El chofer es independiente, no tiene quien lo mande y goza de libertad sexual, lo cual refuerza su imagen masculina. Pero si se compara con los catrines, estos mismos rasgos se convierten en un atractivo que le permite afirmar su superioridad sobre esa clase afeminada.

La diferencia de clases también debe entenderse en términos raciales. Durante el porfirismo, los hábitos de consumo de los hombres de clase alta muestran una decidida preocupación por aparentar blancura (Macías), hábito que no había desaparecido 20 años después, como puede verse en las descripciones de la moda masculina en *La estatua de sal*. En cambio, el ganador del concurso del chafirete más feo es un hombre corpulento de evidente ascendencia africana. Se

Adriana González Mateos

establece así una relación ambivalente, en la que los hombres de clase alta se caracterizan por su blancura y elegancia, pero también por su afeminamiento, mientras los chafiretes son feos, vulgares y pertenecen a las razas oscuras vencidas en la Conquista, pero en cambio son dueños de una masculinidad vigorosa y potente que les permite imponerse sobre los fifies, así como burlarse de los representantes de la ley, como los agentes de tránsito. Gracias a su hábil juego con estos estereotipos, *El Chafirete* ofrece a sus lectores una jocosa y vacilatriz reinterpretación de la realidad social: las desigualdades y conflictos de clase que los discursos “bolcheviques” procuraban exacerbar eran, para esta publicación, condiciones que permitían encuentros mutuamente excitantes y satisfactorios, tanto para el fifi como para el chofer.

Más tarde, Salvador Novo volvería sobre el complejo asunto de la atracción sexual entre personas de clase distinta, que es uno de los temas recurrentes en su obra. La lectura de *El Chafirete* permite afirmar que, desde un momento muy temprano, estuvo consciente de la ambivalencia implicada en esta relación: por un lado, descubrió la importancia de este impulso para el control y refuerzo de las relaciones de clase. Por otra parte, cualquier discurso que afirmara la injusticia de éstas le habría parecido superficial, pues hubiera ignorado el atractivo que emanaba de esta relación entre desiguales que, precisamente por ello, se atraían de modo irresistible.

El fifi y su chofer...



Figura 5



Figura 6

Obras citadas

- Barrera, Reyna. *Salvador Novo, navaja de la inteligencia*. México: Plaza y Valdés, 1999.
- Buffington, Robert. "Homophobia and the Mexican Working Class, 1900-1910." Irwin 193-225.
- Connell, R.W. *Masculinities*. Berkeley, Los Angeles : University of California Press, 1995.
- El Chafirete, Semanario Fifi Escrito en Prosa, pero de Mucho Verso*. México: Oficinas Calle de la Palma, número 4, 1923. Microfilme perteneciente al sistema de bibliotecas públicas de la ciudad de Nueva York.
- Dowling, Linda. *Hellenism and Homosexuality in Victorian Oxford*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.
- González Mateos, Adriana. "Las excepciones del panamericanismo: Salvador Novo y su viaje a Sudamérica". *Torre de Papel. Journal of the Department of Spanish and Portuguese*. <<http://www.uiowa.edu/~spanport/torre/v9-2p43.htm>>.
- Irwin, Robert McKee. *Mexican Masculinities*. Minnesota: University of Minnesota Press, 2003.
- Irwin, Robert McKee, Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser, eds. *Centenary of the Famous 41: Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*. New York: Palgrave, 2003.
- Krauze, Enrique. *Caudillos Culturales de la Revolución Mexicana*. México: Secretaría de Educación Pública-Cultura/Siglo XXI, 1985.
- Macías González, Víctor M. "The Lagartijo at The High Life: Masculine Consumption, Race, Nation, and Homosexuality in Porfirian México." Irwin 227-249.
- Monsiváis, Carlos. *Salvador Novo: lo marginal en el centro*. México: Era, 2000.
- Novo, Salvador. *La estatua de sal*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998.
- Pellicer, Carlos. *Antología Poética*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Sedgwick, Eve Kosofsky. *Epistemology of the Closet*. Berkeley, Los Angeles: University of California Press, 1990.

D. R. © Adriana González Mateos , D. F., julio-diciembre, 2005.

RECEPCIÓN: Mayo de 2004

ACEPTACIÓN: Septiembre de 2004